

CONSEJO PERMANENTE



OEA/Ser.G
CP/ACTA 1613/07
12 octubre 2007

ACTA
DE LA SESIÓN PROTOCOLAR
CELEBRADA
EL 12 DE OCTUBRE DE 2007

Para conmemorar el aniversario del Descubrimiento de América:
Encuentro de Dos Mundos

ÍNDICE

	<u>Página</u>
Nómina de los Representantes que asistieron a la sesión.....	1
Palabras del Observador Permanente de España	2
Palabras del Secretario General.....	6
Palabras del Presidente del Consejo Permanente	7

CONSEJO PERMANENTE DE LA ORGANIZACIÓN DE LOS ESTADOS AMERICANOS

ACTA DE LA SESIÓN PROTOCOLAR CELEBRADA EL 12 DE OCTUBRE DE 2007

En la ciudad de Washington, a las once y veinticinco de la mañana del viernes 12 de octubre de 2007, celebró sesión protocolar el Consejo Permanente de la Organización de los Estados Americanos. Presidió la sesión el Embajador Rodolfo Hugo Gil, Representante Permanente de la Argentina y Presidente del Consejo Permanente. Asistieron los siguientes miembros:

Embajador Denis G. Antoine, Representante Permanente de Grenada
Embajador Michael I. King, Representante Permanente de Barbados
Embajador Izben C. Williams, Representante Permanente de Saint Kitts y Nevis
Embajadora Marina Valère, Representante Permanente de Trinidad y Tobago
Embajador Francisco Villagrán de León, Representante Permanente de Guatemala
Embajadora Abigaíl Castro de Pérez, Representante Permanente de El Salvador
Embajador Aristides Royo, Representante Permanente de Panamá
Embajador Duly Brutus, Representante Permanente de Haití
Embajador Javier Sancho Bonilla, Representante Permanente de Costa Rica
Embajador Osmar Chohfi, Representante Permanente del Brasil
Embajador Pedro Oyarce, Representante Permanente de Chile
Embajador Carlos Sosa, Representante Permanente de Honduras
Embajadora María del Luján Flores, Representante Permanente del Uruguay
Embajador Camilo Alfonso Ospina, Representante Permanente de Colombia
Embajador Denis Ronaldo Moncada Colindres, Representante Permanente de Nicaragua
Embajador Efrén A. Cocíos, Representante Permanente del Ecuador
Embajador Gustavo Albin, Representante Permanente de México
Ministra L. Ann Scott, Representante Interina de Jamaica
Consejera Margarita Riva-Geoghegan, Representante Alterna de los Estados Unidos
Consejero Frank Montgomery Clarke, Representante Alternativo de San Vicente y las Granadinas
Primera Secretaria Sonia Quiroga de Alvarenga, Representante Alterna del Paraguay
Consejero Douglas G. Fraser, Representante Alternativo del Canadá
Ministro Consejero Carlos Jiménez Gil-Fortoul, Representante Alternativo del Perú
Consejero Chet D. Neymour, Representante Alternativo del Commonwealth de las Bahamas
Ministra Consejera Carmen Luisa Velásquez de Visbal, Representante Alterna de Venezuela
Ministro Martín Gómez Bustillo, Representante Alternativo de la Argentina

También estuvieron presentes el Secretario General de la Organización, doctor José Miguel Insulza, y el Secretario General Adjunto, Embajador Albert R. Ramdin, Secretario del Consejo Permanente.

El PRESIDENTE: Vamos a dar comienzo a esta sesión protocolar del Consejo Permanente. Muchas gracias.

Tengo el honor de declarar abierta la presente sesión protocolar del Consejo Permanente, convocada para conmemorar un nuevo aniversario del Descubrimiento de América: Encuentro de Dos Mundos.

Conforme a la lista de oradores que aparece publicada en el orden del día para esta sesión, documento CP/OD.1613/07, antes de darle la palabra al Observador Permanente de España, Embajador Juan Manuel Romero de Terreros, quisiera preguntarle a los Embajadores y Representantes aquí presentes si alguno de ellos tiene intención de pedir el uso de la palabra –aparte de los tres oradores que están incluidos en el orden del día– por la simple razón de que tenemos una agenda muy apretada y para tratar de realizar la mejor administración del escaso tiempo disponible. Doy por sentado, entonces, que ninguna de las Delegaciones presentes va a hacer uso de la palabra.

PALABRAS DEL OBSERVADOR PERMANENTE DE ESPAÑA

El PRESIDENTE: Ahora sí me permito ofrecer la palabra al Embajador Juan Manuel Romero de Terreros Castilla, Observador Permanente de España. Señor Embajador, por favor.

El OBSERVADOR PERMANENTE DE ESPAÑA: Muchas gracias, Señor Presidente.

Muchas gracias por convocar esta sesión protocolar del Consejo Permanente con ocasión del 12 de octubre en la que de nuevo estamos congregados en esta casa de la Organización de los Estados Americanos, cuyo Consejo Permanente estableció como día de celebración propia este encuentro de sensibilidades y aspiraciones de todos los países del Hemisferio, a la que se une España para recordar el encuentro de los españoles con estas tierras y el de sus habitantes con los navegantes enviados por la Reina de Castilla, Isabel I. Con mayor razón, esta fecha tiene especial relevancia para nosotros desde que el pueblo español, a través de su Congreso y del Senado, declarase el 12 de octubre como fiesta nacional de España.

Para los españoles del siglo XXI, y creo que también para todos ustedes que representan aquí en la OEA a sus respectivos gobiernos y pueblos, es imprescindible referirnos a esta fecha con una mirada que no sea tan solo retrospectiva de lo que ocurrió hace 515 años. Hay que evitar siempre, en ese y en otros análisis históricos, tanto la exaltación del pasado, por muy heroico que éste nos parezca, como la permanente polémica sobre el carácter de la intervención europea en el Continente.

Ya dijo un ilustre y admirado escritor mexicano como Carlos Fuentes que el 12 de octubre podría ser una fecha inquietante. Sin duda lo fue, como lo fue el impacto de la energía de los descubridores españoles que en apenas cincuenta años recorrieron, exploraron y fundaron en este continente, careciendo de una tecnología comparable a la que pudieron utilizar imperios posteriores, toda la costa del Atlántico y del Pacífico americano desde la actual Argentina hasta más allá del paralelo cuarenta, por donde se ubicó la actual ciudad de Nueva York, todo el Caribe y el Golfo de México. Cruzaron los españoles las selvas del Istmo de Panamá, avistaron y tomaron posesión del Océano Pacífico, recorrieron y se asentaron en sus costas desde el viejo Reino de Chile hasta el borde de las Californias. Atravesaron a pie o en navegación fluvial el Continente por la Cuenca del Amazonas, recorrieron a pie las tierras del norte desde la Florida al actual Colorado para descender a

la capital virreinal mexicana. Fundaron ciudades, crearon instituciones que aún perduran y forjaron con los imperios y pueblos indígenas una nueva realidad histórica en este hemisferio, marcándolo para el futuro con una impronta diferente a la que hasta entonces tuvieron.

El choque de culturas, los problemas de desentendimiento y desencuentro, las guerras y las enfermedades fueron realidades que afectaron a unos y a otros. Aunque sea bien cierto que en el proceso colonizador los pueblos de este lado del Atlántico tuvieron que aceptar esa nueva realidad a la fuerza, como ocurre en todos los procesos similares.

Pero insisto en la necesidad de evitar la exaltación retórica de lo que se hizo en tan pocos años, como tampoco es aceptable –como decía Francisco Ayala, nuestro eminente escritor del exilio– el tener que echarse cenizas sobre la cabeza, ponerse de rodillas y pedir perdón por los desmanes que la colonización pudiera causar, porque ni aquellas hazañas cumplidas por hombres de otra época son nuestras de hoy, ni tampoco asumimos como propias las crueldades que hombres de otra época pudieran llevar a cabo. No creemos que el 12 de octubre sea fecha para recordar solo las violencias del pasado ya que, desgraciadamente, las violencias de cada día, tanto en América como fuera de América, deben de mantenernos los ojos mucho más abiertos y atentos para intentar ponerles remedio ahora.

El 12 de octubre es el día del encuentro de los mal llamados Viejo y Nuevo mundo, día en el que nuestra mirada se debe centrar en nuestra realidad actual para proyectarla hacia adelante. Es esta de hoy una ocasión para comprobar nuestras mutuas realidades en la que los objetivos de unos y de otros tengan como aspiración compartida que todos vivamos con mayor justicia, más libertad y más seguros. Esto sí que es ahora posible con la buena voluntad y la decidida cooperación de todos. Y este es el proceso en el que España está tomando parte con creciente interés y vocación.

Desde que en mi país se recuperó la democracia, hace poco más de treinta años, se está insistiendo para que nuestra realidad actual se aprecie y conozca mejor en este continente. España es ahora un país dinámico, activo, mucho más próspero que en el pasado –aunque siga siendo un país de renta media–, con problemas pero mucho más abierto a los demás y más generoso que en épocas pasadas.

Solemos decir los españoles, y yo lo he repetido aquí en alguna otra ocasión anterior, que somos ahora otra gente y que estos son otros tiempos. Y somos consecuentes con esa afirmación. Mi país en estos años ha conseguido tener una voz más potente en el hemisferio americano y, como consecuencia de nuestro espectacular crecimiento económico de los últimos veinte años, hemos querido compartir, muy especialmente el actual Gobierno español, esa nueva prosperidad con otros países menos favorecidos que nosotros.

El crecimiento de la cooperación española ha hecho que este año las aportaciones totales de España (del Gobierno, de las autonomías y de las ciudades) a proyectos y a programas de ayuda al desarrollo se eleven a 4.500 millones de euros (unos 6.210 millones de dólares; es decir, como dicen en Estados Unidos, unos seis billones y cuarto de dólares). Una buena parte de esos recursos corresponden al Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación (MAEC) y, en concreto, a la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI), que va a duplicar su ayuda al desarrollo el próximo año.

Como ustedes saben, más de un tercio de esa cantidad se dirige hacia los países de América en los que la cooperación española está teniendo especial relevancia. Esa cooperación se hace bilateralmente y a través de organismos vinculados tanto al sistema de Naciones Unidas como a organismos y organizaciones del sistema interamericano, como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Organización Panamericana de la Salud (OPS) y esta Organización de los Estados Americanos.

Hace breves semanas el Secretario General tuvo la gentileza de ofrecerme la posibilidad de asumir ante muchos de ustedes cuáles serían nuestras aportaciones, tanto del Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación como de la AECI. No tengo, por tanto, que repetir de nuevo lo que ya dije, sino insistir en que nos hemos convertido en el primer país donante extraregional de la OEA. Y no solo hemos aportado más fondos sino que estamos colaborando para que el sistema de selección de proyectos –de común interés– sea más efectivo y eficaz.

España ha madurado en los últimos meses unas reflexiones sobre dos cuestiones, en mi opinión, cruciales: la de los pueblos indígenas y la del pasado histórico de nosotros y de los países de ustedes tras las respectivas independencias.

El objetivo de la primera reflexión, que continúa una vieja tradición española que se dio desde los primeros tiempos de la conquista, como era la del defensor de los indígenas, es ayudar a esas comunidades a una plenitud política y social en sus respectivos entornos. Partimos de la base de que las líneas estratégicas de la cooperación española con los pueblos indígenas son las siguientes:

- Apoyo a la plena participación de dichos pueblos en los procesos e instituciones de decisiones relevantes.
- Apoyo al desarrollo de sus capacidades, organizaciones e instituciones tanto tradicionales como recientes.
- Respaldo a los pueblos indígenas en la protección de sus territorios, su medio ambiente y su patrimonio cultural.

Estas líneas se cruzan con las prioridades de la cooperación española del siguiente modo:

- La lucha contra la pobreza tiene especial relevancia en muchos pueblos indígenas por ser estos los grupos sociales más vulnerables para caer en ella.
- La defensa de los derechos humanos es especialmente relevante porque muchos indígenas sufren violaciones de sus derechos fundamentales.
- La equidad de género es una auténtica prioridad que obliga a examinar en cada caso la situación de hombres y mujeres, las relaciones entre ambos y los procesos de mayor discriminación que pudieran darse respecto de mujeres indígenas.
- La sostenibilidad medio ambiental; y, por último,
- El respeto a la diversidad cultural tiene especial incidencia en esas comunidades indígenas.

Es este ámbito, puedo señalar que la cooperación española está jugando un papel cada vez más activo, destacando la creación y el desarrollo del Fondo Indígena para América Latina.

Los instrumentos que utilizará la cooperación española en apoyo a las comunidades indígenas serán los ya habituales programas de asistencia técnica, acciones alimentaria y humanitaria; colaboración y financiación pública de organismos no gubernamentales; apoyo a micro y pequeñas empresas por medio del programa de microcréditos de la AEI; actuaciones en materia de deuda externa; y programas de educación para el desarrollo, formación y sensibilidad social.

Respecto de la segunda de las reflexiones, decir tan solo que ahora mismo, aquí en Washington, hay una exposición en el Smithsonian sobre la contribución española a la independencia a los Estados Unidos de América y que España conmemorará en el próximo año, en el 2008, los doscientos años del comienzo de nuestra Guerra de Independencia contra la ocupación napoleónica, acontecimiento que tuvo repercusiones no solo en la península sino en los territorios de las Américas que todavía eran españoles en aquellas fechas.

El 1808 coincide en mi país con el nacimiento del primer liberalismo español plasmado en una constitución que fue inspiradora, entre otras causas mucho más profundas y diversas también, de las independencias americanas. Es cierto que el proceso de las independencias de los países iberoamericanos fue violento y fue cruel, como lo fue la llegada de los españoles a estas tierras trescientos años antes. Con las independencias americanas, España dejó de tener –hace ya doscientos años– responsabilidades políticas directas en el Continente americano y dados los muchos recelos que hubo entonces y que perduraron hasta después, incluso del reconocimiento por España de las nuevas repúblicas, casi hacia la mitad del siglo XIX, el distanciamiento entre españoles y americanos fue algo considerado como natural que tan solo se superaba ocasionalmente cuando nuestro país recuperaba, desgraciadamente temporalmente, sus libertades o superaba las graves crisis civiles y políticas que sufrimos en los siglos XIX y XX.

Esta convergencia de luchas por la independencia tanto de la propia España contra Napoleón como la de todos ustedes respecto del poder colonial español debe ser ocasión para hacer una reflexión juntos que nos sirva a todos, no solo, como antes dije, para recordar un período heroico para unos y dramático para todos, sino para demostrarnos a todos, de nuevo, nuestra amistad actual, nuestra alianza con los países de todos ustedes y la profundización de nuestra colaboración y cooperación con sus pueblos y gobiernos.

No quiero terminar mi intervención sin mencionar, a un nivel muchísimo más doméstico, que en breves semanas el Ministro de Asuntos Exteriores y de Cooperación inaugurará la nueva cancillería de la Misión Observadora Permanente de España como una muestra más de nuestro interés y voluntad de ser más visibles ante todos ustedes, ante sus países y ante esta Organización y, también, ante el país sede que nos acoge, los Estados Unidos de América.

Como es obligado en estos casos, están ustedes ya invitados a la breve ceremonia de inauguración de la nueva Cancillería, acto para el que oportunamente recibirán cita y notificación.

Entretanto, y como cada año, me complazco en invitarles a que compartan con nosotros la recepción que mi mujer y yo ofrecemos con ocasión de la fiesta nacional española en la que también me cabrá el honor de condecorar a tres funcionarios de la Secretaria General de esta Organización,

especialmente generosos en su colaboración y ayuda con España y sus representantes ante esta Organización de los Estados Americanos.

Les espero a todos ustedes, dentro de breves minutos, en el Patio Azteca. Gracias.

El PRESIDENTE: Muchas gracias, Señor Embajador.

PALABRAS DEL SECRETARIO GENERAL

El PRESIDENTE: Me es grato ahora concederle el uso de la palabra a don José Miguel Insulza, Secretario General de esta Organización.

El SECRETARIO GENERAL: Gracias, señor Presidente del Consejo Permanente, Embajador de la República Argentina, Embajador Rodolfo Gil; señor Embajador Juan Manuel Romero de Terreros, Representante del Reino de España ante la OEA; Embajador Albert Ramdin, Secretario General Adjunto de la OEA; señoras y señores Embajadores y Representantes:

Celebramos hoy, nuevamente, como todos los años, la gloria del encuentro de dos mundos. Saludamos especialmente al Reino de España, que decidió hacer de esta efeméride su día nacional, ligando así de manera indisoluble su pasado y su futuro al de esta América a cuyas costas, cordilleras, selvas y planicies llegaron primeros los hijos de esa gran nación.

Festejamos con esta celebración la grandeza del momento en que Europa y América unieron sus destinos para dar lugar a un proceso de integración de lo que hasta entonces habían sido historias particulares; el momento de inicio de una historia que a partir de ese instante fue común, porque desde el grito del marinero proclamando la buena nueva de la tierra por fin avistada, ese grito es también el anuncio del hecho cultural más importante de la historia humana, que es la inauguración de una historia realmente universal.

Por eso hoy celebramos el proceso que une, en esa sola historia, el arribo a tierras americanas de las carabelas con la globalización de nuestros días, una sola historia en que las realidades de países y regiones terminaron por entrelazarse y fundirse hasta dar lugar a nuestra circunstancia actual en la que la supervivencia misma de la especie humana sobre la faz del planeta, sin distingo de nacionalidades, depende de nuestra capacidad global para entendernos, compartir y asumir responsabilidades comunes.

En esa historia, el Continente con que Colón se encontró, sin buscarlo, en su camino al Catay de las especias y la seda, ha ocupado desde entonces un lugar principal y ha inundado al mundo con su cultura; una cultura que se basa en una diversidad inaugurada por un genovés que vivió parte de su vida adulta en Portugal y que navegaba en nombre de España; diversidad cultural que es hoy día patrimonio común de americanos herederos de aztecas, españoles, sioux, africanos, eslavos, mayas, ingleses, apaches, chinos, portugueses, aymaras, japoneses, caribes, italianos, indios, árabes, mapuches, alemanes, polacos, quechuas y muchos más que conforman este macrocosmos que es América y al que, sin exagerar, podemos decir que han contribuido todas las culturas y todas las razas que pueblan nuestro planeta.

Esa es quizá la mayor riqueza de América: ser en esa amalgama de razas y culturas la expresión humana de la historia universal que se inauguró con su encuentro con Europa. Y en esa diversidad se encuentra también nuestra fortaleza y nuestra mayor contribución a la actividad civilizatoria del ser humano.

Octavio Paz nos dijo una vez que civilización no es solo un sistema de valores, que es un mundo de formas y conductas, de reglas y excepciones, que es la parte visible de una sociedad – instituciones, monumentos, obras– pero sobre todo su parte sumergida, invisible: las creencias, los deseos, los miedos, los sueños.

Si es así, América es portadora de una civilización de carácter universal porque entre nosotros conviven todas las creencias, todos los deseos, los sueños y quizá también los miedos. En este continente que se integró a un mundo más ancho ese 12 de octubre de 1492, coexisten hoy las más diversas maneras de vivir y de morir, las más diversas formas de practicar la cortesía y la injuria, de respetar a los muertos y tratar con los fantasmas, de trabajar, de descansar, de castigar y premiar. Somos una civilización que integra a todas las civilizaciones.

Es verdad que somos también un continente plétórico de los desequilibrios y contrastes que caracterizan al mundo de hoy; que junto a los países más ricos y poderosos del mundo podemos encontrar también a los más pobres y vulnerables; que en algunos de nuestros países conviven analfabetas y poetas premiados, chozas de barro y plantas de energía nuclear; que entre nuestras naciones existe la paz pero se manifiesta todos los días la violencia entre sus ciudadanos.

Nuestro desafío es ese entonces. En el momento de celebrar el instante en que todo empezó, es justo reiterar nuestro compromiso de llevar al ámbito económico y social la proeza civilizatoria que se inauguró ese día en que dos mundos se encontraron. Que renovemos nuestra decisión de ser uno solo, americanos y europeos, americanos del norte y del sur, en la tarea de derrotar la pobreza, la ignorancia, el deterioro ambiental y la violencia.

Nuestra unión, la Organización de los Estados Americanos, es el espacio natural para emprender esa tarea. Somos la Organización multilateral más antigua del mundo y tenemos una vocación integradora y fraterna. Todas las naciones de América forman parte de nuestra Organización y a ella concurren solidarios países de Europa, Asia y África; del Lejano y del Cercano Oriente. Somos dignos herederos de la vocación universalista que inauguró España ese 12 de octubre de 1492. Celebremos por ello este día, en conjunto, el inicio de la integración de todos los seres humanos en una historia única y universal y la reiteración de nuestro compromiso de seguir bregando por hacer de toda América un mundo de prosperidad, de justicia y de libertad.

Gracias.

El PRESIDENTE: Muchas gracias, señor Secretario General.

PALABRAS DEL PRESIDENTE DEL CONSEJO PERMANENTE

El PRESIDENTE: Bueno, me corresponde ahora pronunciar unas palabras en mi condición de Presidente del Consejo Permanente.

Hay una hermosa pieza del cancionero popular mexicano que aprendí de la voz de esa maravillosa intérprete que es Amparito Ochoa, que se llama *La maldición de la malinche* y que desgrana en sus primeras coplas lo que sigue:

Del mar los vieron llegar mis hermanos emplumados
Eran los hombres barbados de la profecía esperada.

Y ese momento, el de la profecía, llena de gloria y tragedia a la vez, que la UNESCO ha dado en llamar el encuentro de dos mundos, fue el que signó el nacimiento de la historia del mundo moderno.

A partir de allí el mundo que preexistía a la profecía se amplió de una manera explosiva y se integró de manera interdependiente constituyendo, quizás este, el rasgo más significativo del largo proceso de lo que hoy llamamos la globalización. A partir de ese hecho Europa no pudo explicarse más sin América, ni América sin Europa.

La conquista y la colonización europeas de esta parte del globo se sucedieron con sus lados luminosos y oscuros, con sus efectos positivos y negativos. Los oscuros no fueron pocos. Los europeos aplicaron en este continente técnicas de guerra y una fiereza en la batalla como la que ellos mismos utilizaban en sus luchas en el otro lado del Atlántico.

Pero no todo se redujo al plano de lo militar. América conoció las pestes europeas; no solo las que transmitían los cuerpos sino, todavía peor, las que infectaban las almas: instituciones tan atentatorias contra la condición y la dignidad humanas como la esclavitud a nivel masivo y las encomiendas indígenas.

No solo hubo oscuros como en los cuadros de Rembrandt. También hubo claros: acontecimientos positivos como las leyes de Indias o la introducción de los conocimientos científicos y tecnológicos más avanzados de la época que se fusionaron con los notables avances de las civilizaciones autóctonas en las artes, las matemáticas, la agricultura o la astronomía.

El largo proceso de conocimiento y de aprendizaje mutuos, la fusión progresiva de razas y culturas que supo elevarse sobre el dolor y la injusticia no estuvo exenta de desafíos, de avances y retrocesos que son bien conocidos por todos nosotros. Para ello, fue necesario llegar a aceptar el valor del “otro” diferente al “yo” como oportunidad y no como pérdida y que lleva, al decir de Octavio Paz, a que hemos descubierto al hombre plural, distinto en cada parte.

Desde aquél punto de inicio que canta Amparito Ochoa hoy, muchos más barcos llegaron desde el mar. Esta vez, los hombres barbados no portaban sus armas de fuego ni sus espadas ni sus armaduras de metal. Vinieron por millones los españoles, italianos, franceses, irlandeses, polacos, rusos, alemanes, sirios, libaneses, asiáticos y muchos más. Esta vez los hombres traían en sus manos los arados, las herramientas, los libros. Venían a construir su futuro y al hacerlo también daban su aporte único, insustituible a la construcción de nuestras naciones modernas.

Venían a hundirse en las raíces de nuestras múltiples patrias, ya independientes, ya institucionalizadas que reconocían el acerbo originario de los pueblos indígenas, de los antiguos pobladores afrodescendientes, de los originarios conquistadores y de los criollos, hacedores de las

patrias viejas construidas en las guerras independentistas donde aprendimos con sangre y sacrificio que la libertad solo se construye con el orgullo de la dignidad.

Estimados colegas, ¿qué puede aportar la conmemoración de este nuevo aniversario a las problemáticas a las que se aboca la Organización de los Estados Americanos? La OEA, en su ejercicio diario de promover el entendimiento y la solidaridad interamericana, es una herramienta indispensable para que, a escala hemisférica, integremos e intentemos resolver de manera plural y democrática los diversos problemas que enfrenta la región.

Basta tener presente que a los 34 Estados Miembros se suman otros sesenta Observadores Permanentes que con su presencia nos demuestran el vivo interés mundial por los desarrollos de nuestra región en materia de democracia representativa, de desarrollo económico-social y de derechos humanos, ejemplo palmario que los procesos de integración tienen que, a partir de su identidad y singularidad propias, estar abiertos al resto del mundo.

Es preciso recordar que ya el preámbulo de la Carta de la Organización señala que la misión histórica de América es ofrecer al hombre una tierra de libertad y un ámbito favorable para el desarrollo de su personalidad y la realización de sus justas aspiraciones. Este enunciado no es retórico. Nuestras naciones son el resultado de innumerables zonas migratorias. Incluso, los primeros pueblos que habitaron nuestro Continente serían el fruto de una trasmigración cuyo origen es aun debatido por la antropología. Somos el fruto de la historia que nos muestra que los hombres migran en busca de mejores horizontes para desarrollarse.

Prácticamente todos los Estados del Hemisferio se han transformado en países emisores de tránsito y destino de emigrantes. En nuestra América, la tasa anual de inmigración superó con creces a la tasa de crecimiento de la población.

La tradicional generosidad de nuestros países hacia los hombres y mujeres de todas las regiones del mundo ha dado sus frutos, teniendo presente los significativos aportes que la migración representa en nuestras sociedades. Por ello, resulta importante continuar promoviendo políticas de migración ordenada y programas de apoyo a los migrantes que permitan su inserción social con dignidad dentro del marco jurídico de cada Estado y con arreglo al derecho internacional aplicable.

La OEA debe entonces seguir tomando pasos tendientes a fortalecer su programa de protección de los derechos humanos de los migrantes, incluidos los trabajadores migratorios y sus familias, teniendo al mismo tiempo en cuenta la necesidad de abordar la temática migratoria desde una perspectiva integral. Por otra parte, justo es recordar el artículo 9 de la Carta Democrática Interamericana que sostiene que:

La eliminación de toda forma de discriminación, especialmente la discriminación de género, étnico y racial y de las diversas formas de intolerancia, así como la promoción y protección de los derechos humanos de los pueblos indígenas y los migrantes y el respeto a la diversidad étnica, cultural y religiosa en las Américas, contribuyen al fortalecimiento de la democracia y la participación ciudadana.

Es deseable esperar que los esfuerzos que nuestra Organización realiza en estos temas se traduzcan en la firma de una convención interamericana contra el racismo y toda forma de

discriminación e intolerancia, así como en la pronta aprobación de una declaración americana sobre los derechos de los pueblos indígenas.

Por último, antes de concluir, nos complace felicitar al pueblo y Gobierno de nuestra querida España en este nuevo aniversario de su fiesta nacional y desearle todos los éxitos que se merece.

Muchas gracias.

Bueno, luego de esta intervención daremos por finalizada esta sesión protocolaria y nos haremos eco de la amable invitación que nos ha hecho el señor Embajador de España.

Señores, muy buenos días. Muchas gracias.

